

A veces sentimos, casi con repugnancia, que si no hacemos el elogio desmedido del autor, nos quedamos por debajo de quienes ponen por las nubes a cuanto farsante literario anda por ahí, y los que pierden son el atolondrado público y aquel a quien estamos reseñando. Y ese, léase bien, no es el caso presente, pues, por fortuna, después de noventa años, ya Arciniegas ha conseguido defenderse solo. En función de las obras completas, esta nueva recopilación está muy bien. Si usted desconoce por completo la obra de Arciniegas y desea conocer un solo libro, aparte de que esta reseña jamás pasará frente a sus ojos (si es socio del Círculo de Lectores o por casualidad le cae en las manos este volumen), entonces podrá acercarse a una imagen más o menos correcta de la obra total del escritor y podrá decir a sus amigos, que deben de ser muchos, que conoce a Germán Arciniegas. Si usted ha leído por lo menos algo de la obra cumbre de Arciniegas, puede dejarlo pasar sin mayor menoscabo. No le hará falta.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

La caída del muro de Berlín

El último embajador

Testimonio de un colombiano que vio construir y caer el muro de Berlín

Luis Villar Borda

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992

Tras la insurrección del 17 de junio el secretario de la Unión de Escritores hizo distribuir volantes en la Avenida Stalin en los que se podía leer que el pueblo había perdido la confianza del gobierno y que sólo trabajando el doble la podría recuperar ¿no sería más fácil que el gobierno disolviera el pueblo y eligiera otro?

Bertold Brecht

No es ciertamente casual que el autor anteponga como epígrafe a su libro las palabras de Goethe al atardecer del 20 de septiembre de 1792 —que el mismo recogiera en su diario de guerra, la "Campana de Francia"— cuando, al ser interpelado en relación con lo acaecido



aquel día, respondiera a los otros miembros del séquito del duque de Weimar: "Aquí, en este lugar y en este día comienza una nueva época de la historia del mundo y podréis decir que estuvisteis presentes". En el monumento que todavía hoy recuerda el triunfo de los revolucionarios franceses en Valmy se grabaron en piedra estas palabras.

Se trataba de la derrota de los prusianos al mando del duque de Brunswick, cuyo manifiesto había provocado el 10 de agosto en París la arremetida de las masas populares contra el palacio de las tullerías, el aprisionamiento de la pareja real, la proclamación de la República. Como lo ha descrito Albert Soboul, cuando Kellermann gritó, agitando su sombrero en la punta de la espada, "viva la nación", el ejército de desarrapados, las tropas improvisadas por la *levée general* de los jacobinos, repitieron de batallón en batallón la consigna revolucionaria: "bajo el fuego de las tropas más ordenadas y reputadas de Europa ni un solo hombre retrocedió, la infantería prusiana se detuvo, Brunswick no se atrevió a ordenar el asalto".

Consideramos pertinente recordar la circunstancia ante la cual se pronunció el gran poeta porque pensamos con el autor que lo que se produjo en Alemania Oriental durante el otoño de 1989, a doscientos años de los acontecimientos que desencadenaría el asalto a la Bastilla, fue ciertamente una revolución. "La revolución, nacida de abajo, sin direcciones ni jerarquías, sintetizó en una consigna su significado profundo: *Nosotros somos el pueblo*. Era el reclamo de la soberanía popular, la restitución del derecho del pueblo a gobernarse, el repudio a medio siglo de interdicción y tutelaje, el anhelo incontenible de libertad. El estado totalitario se mostró desmantelado e impotente para controlar la fuerza desatada de la

masa, dueña de la calle y desde la calle del poder" (pág. 12).

Un proceso revolucionario que, sin embargo, no tuvo tiempo para articularse autónomamente, tal y como lo propugnaban los iniciadores del mismo —las agrupaciones que en una primera fase llevaron la vocería del pueblo, como *El Nuevo Foro*, el *Despertar Democrático*, las "mesas redondas" que recogían los anhelos libertarios del común, las organizaciones de las iglesias y parroquias luteranas, así como las de los intelectuales, los escritores y artistas—, por lo cual sucumbió al embate del nacionalismo, al plantearse con vigor inusitado la *cuestión nacional* e imponerse finalmente la política de reunificación. "La rapidez del proceso impidió que de allí surgiera una organización, o la pureza de las intenciones de los revolucionarios, que se negaban a sustituir con una nueva coyunda partidista u otra forma de intermediación o tutela del pueblo el aparato de dominación abatido... Pero el factor decisivo del viraje, del paso de la revolución democrática a otro estado fue el problema nacional. En un cierto momento la consigna inicial se transformó, señalando nítidamente el cambio operado por la de *nosotros somos un pueblo*".

Hasta ese momento, dice el autor, "ni en el Este ni en el Oeste se había hablado de reunificación de Alemania como reconstitución de un solo Estado en un término breve, sino de una fórmula confederativa, que permitiera la coexistencia de dos Estados alemanes, con sus particularidades y rasgos propios, pero bajo comunes normas democráticas, en la apertura de un proceso de aproximación que probablemente llevaría en el futuro a la unión federal bajo el techo de una Europa integrada. Es decir, primero Europa y luego la unidad alemana, o recordando a Thomas Mann, una Ale-

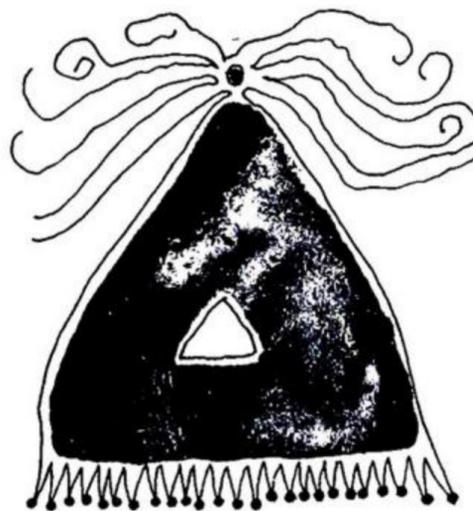
mania europea y no una Europa alemana". Sin embargo, las cosas se precipitaron y tomaron un camino irreversible, "sobre todo desde que el canciller Helmut Kohl intervino directamente en las manifestaciones este-alemanas y ofreció lo que fue la gran bandera en las elecciones del 18 de marzo: el marco alemán occidental, el D-Mark. Contra la fuerza de atracción de la moneda dura, que se mostraba como panacea para todos los males de la economía y la sociedad de la RDA, qué podían hacer los argumentos de intelectuales e idealistas empeñados en que lo que conviene a la humanidad de hoy, acuciada por problemas que amenazan su subsistencia, no es retrasar el reloj para retornar a la hora de los nacionalismos".

Con razón se pregunta el autor, al meditar sobre la precaución y las advertencias de algunos portavoces intelectuales del proceso liberador, como los escritores Günther Grass (RFA) y Stefan Heym (RDA), si esta salida no iría a tener consecuencias negativas —que ya empiezan a percibirse—, no incidiría en el renacimiento de comportamientos agresivos de tipo chovinista. "¿Predominará la corriente nacionalista con su impulso de expansión económica y política hacia el oriente europeo y su arrogancia de gran potencia o la tradición liberal y humanista anclada en la idea de Europa? Una Europa que sea la casa común desde el Atlántico hasta los Urales, un continente en el que se destierre para siempre la posibilidad de una guerra y con su enorme potencial pueda contribuir a la solución de los problemas globales de la humanidad: la pobreza, el deterioro del medio ambiente, la insoportable carga de la deuda del Tercer Mundo, el comercio y consumo de drogas, la amenaza del desastre nuclear".

Coincide Villar con Günther Grass¹ en considerar apresurado el proceso de la reunificación. El recuerda de qué manera, contra el criterio de los expertos y la opinión de vastos sectores políticos, "prevaleció el afán del canciller Kohl por la unión rápida y el interés del gran capital por campar sobre las ruinas de Alemania Oriental", (pág. 14) lo que ha tenido como secuela el cierre de miles de empresas,

la presencia de millones de desempleados aquí, la miseria de la agricultura, "un balance desolador apenas a dos meses de la unión monetaria", todo ello producto de lo que el autor llama un "tratamiento de choque", de acuerdo con la idea de la "destrucción creadora", una teoría que justificaría "el arrasamiento de una economía ineficiente para empezar a partir de cero, como después de una guerra", lo que —agrega— "puede ser cierto desde un punto de vista estrictamente económico, pero no tiene en cuenta las deplorables secuelas sociales y los peligrosos efectos políticos que tal estrategia entraña". Y añade: "Es precisamente el clima creado por esta situación el que propicia la formación de grupos extremistas, el terrorismo y los sentimientos de odiosidad al extranjero, chovinismo y frustración, que son aprovechados por demagogos con la más grosera y primitiva ideología".

El autor plantea que la reconstrucción económica de la antigua RDA debe comprometer a toda Europa y manifiesta sus simpatías por una salida socialista y democrática. "Que en ella se construya un modelo distinto al del fracasado 'real socialismo' despótico y burocrático, y al capitalismo salvaje, es la aspiración de nobles espíritus de las dos partes de Alemania y sin duda fue la causa inicial de la revolución pacífica: un estado socialdemocrático y liberal".



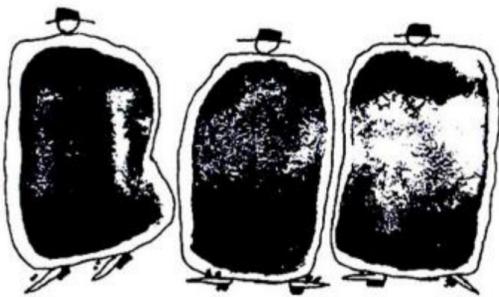
Es en este contexto que cita palabras de Willy Brandt, antiguo canciller de la República Federal y figura descollante de la Internacional Socialista, por quien el autor manifiesta a lo largo del libro

una gran admiración y respeto y quien al considerar la problemática global del mundo contemporáneo y la responsabilidad que dentro de ella le corresponde al viejo mundo afirma: "Yo quisiera, una Europa que creciera unida y que reconociera su responsabilidad por otras partes del mundo. Estamos todos enfrentados a problemas globales: Subdesarrollo, riesgos ecológicos, desenfrenado crecimiento de la población mundial, para mencionar sólo algunos. Existe el temor de que se haga una concentración de recursos económicos en los países de Europa Oriental y que nosotros hagamos menos por la solución de los problemas globales. Pero estamos advertidos, porque destrucciones del medio en otras partes del mundo, por ejemplo, se devuelven contra nosotros. No debemos aislarnos, sino asumir la corresponsabilidad alemana y europea por otras partes del mundo" (pág. 15).

El análisis de la dictadura nos muestra de qué manera desde un principio el país fue manejado por un grupo de burócratas que se cerró a toda consulta y participación popular; y se afianzó en sus privilegios, en la rutina de un poder indiscutido, aunque en verdad frágil por depender de la gran potencia ocupante: "otra hipoteca inicial fue naturalmente la falta de soberanía, ya que las decisiones centrales fueron siempre tomadas desde Moscú y la única manifestación de independencia la dio la envejecida dirigencia del buró político cuando pretendió oponerse a la política de cambios propiciada por los soviéticos" (pág. 20).

El autor recuerda que desde la fundación de la república, proclamada el 7 de octubre de 1949, se produjo la obligada fusión de los dos partidos obreros —comunista y socialdemócrata— y que según denuncias recientes, miles de militantes socialdemócratas reacios a la unidad fueron ejecutados y otros pagaron largas condenas de cárcel. Se consagró en la Constitución el carácter del Partido Socialista Unificado (el resultado de la mencionada fusión) como "la fuerza dirigente del país", con lo cual se protocolizó de hecho la dictadura de un partido, pues "nadie podía estar en contra o discutir las directivas y guías trazadas por ese partido" (pág. 20).

De esta manera, el poder real y efectivo se concentró en el buró político, porque las instituciones del Estado —la "Cámara del pueblo" (un remedo de parlamento), la justicia, el gobierno— "no eran sino fachadas del poder real". Lo que trajo consigo la estagnación, el anquilosamiento de la vida pública. "Eliminada la separación de los órganos del Estado en nombre de la teoría de la unidad del poder, la dictadura se concentra en las manos del partido dominante, lo cual en síntesis quiere decir del secretario general y, cuando mucho, del buró político. Desaparece todo control, y la participación popular ha sido eliminada desde el comienzo, al impedir una vida política democrática, con partidos opositores, pluralismo político, libertad de expresión, etc." (pág. 21).



La desconfianza ante los intelectuales parece haber sido característica desde el primer momento. Por ejemplo, como lo recuerda repetidas veces el autor, ante marxistas tan destacados como los filósofos Ernst Bloch y Wolfgang Harich o el germanista Hans Meyer (son los ejemplos que da el autor aunque podrían citarse muchos otros nombres). El control escolástico sobre la vida del espíritu, sobre las universidades y las publicaciones, tuvo como resultado "la esterilidad en las ciencias sociales a lo largo de estos 40 años de repetición estereotipada de los mismos clichés ideológicos" (pág. 20), documentada por los demás en los anaqueles de las librerías que siempre ofrecían los mismos tomos de "marxismo-leninismo" y, en los sesenta, las "Obras completas" de Walter Ulbricht, por ejemplo.

Como consecuencia de todo ello resulta bien significativo el que a lo largo de sus 40 años de existencia hubiesen abandonado el país unos tres millones de personas y sólo entre julio

de 1989 y febrero de 1990 otro medio millón. Recuerda el autor que en alguna ocasión "tuvo la fortuna de conocer y conversar con el gran economista y revolucionario marxista Ernesto Mandel" (dirigente de la IV Internacional) y cuando le preguntó su opinión sobre el régimen de la RDA éste le dio por respuesta: "¿Cómo puede ser un gobierno que tiene que encerrarse detrás de un muro para sobrevivir?" Por cierto que enseguida le contó que a él no le estaba permitido enseñar ni dictar conferencias en ninguno de los dos berlines...

El alejamiento de la realidad y de la voluntad de los ciudadanos por parte de la clase dirigente era tan desproporcionado a los hechos que, como rememora el autor, cuando se posesionó como embajador en mayo de 1988 "nada parecía indicar que el régimen atravesara una crisis insuperable". Cuando en el otoño de ese año visitó a los más altos jefes del Estado y el partido, ninguno daba la menor señal de que hubiera una crisis en camino (pág. 31).

Sí era perceptible en cambio el rechazo por parte de la dirigencia a la "Perestroika" y la política del "Glasnost" de Mijail Gorbachov. Fue el único momento en cuarenta años en que se manifestó independiente frente a Moscú, justamente cuando allí se intentaba la democratización del socialismo y la instauración de un estado de derecho, el establecimiento de lo que aquél llamara "los principios de una legalidad socialista".

De hecho, el modelo leninista que luego degenerara en el sistema totalitario plenamente desarrollado por Stalin era lo que se encontraba a la base de tal actitud. "El papel dirigente que la propia constitución consagraba al partido dominante y la aplicación del principio del llamado centralismo democrático en la práctica se traducían en una dictadura de partido, dentro del partido de un pequeño grupo, el buró político, y dentro del buró político de una persona, el secretario general. El modelo fue copiado de la Unión Soviética y obedecía a la estructura de los partidos comunistas de tipo leninista, elaborada para períodos de guerra y conspiración, pero que al convertirse en doctrina oficial y sustancia de las

instituciones públicas sólo podía llevar al despotismo con características especiales de acuerdo con el respectivo país" (pág. 33).

Como acentúa Villar, en la realidad el régimen "no era otra cosa que un gobierno de la seguridad del Estado con una legitimación aparente, el marxismo-leninismo, una oligarquía política cooptativa y hereditaria que gozaba de toda suerte de privilegios y terminó por corromperse, una clase media con un nivel de vida aceptable con relación a los demás países del socialismo real, formada por profesionales, técnicos, obreros calificados, artistas, burócratas, artesanos, pequeños comerciantes e industriales, es decir, la mayoría de los habitantes de un país bastante industrializado" (pág. 32).

Por lo cual aclara el autor que las reivindicaciones que movilizaron a la gente fueron "en primer término políticas más que económicas", agregando que "el factor político e ideológico fue predominante", lo que en su opinión hacía el fenómeno "particularmente atractivo" para el análisis. Y concluye: "es por esto que, al contrario de lo que en general puede decirse de las revoluciones, ésta no fue producida por factores económicos ni fue el hambre lo que lanzó a las masas a la calle" (ídem). Basta recordar, por ejemplo, que cuando comenzó a gestarse el proceso y fueron perceptibles lo que Villar califica con el subtítulo de un apartado "los primeros síntomas" del mismo, se celebró, como todos los años, el acto conmemorativo, en este caso del setenta aniversario del asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, el 17 de enero de 1989, y más de cien manifestantes fueron detenidos por portar carteles reclamando, con las palabras de Rosa, libertad de pensamiento: "Libertad es siempre libertad de los que piensan en forma diferente".

Acaso pueda resultar pertinente en este contexto recordar alguna literatura testimonial sobre el stalinismo. Recordar por ejemplo las experiencias de Wolfgang Leonhardt, quien desde el 33 y a comienzos de su adolescencia fuera educado en una escuela de cuadros del partido en Moscú, cuando su madre, militante comunista alemana, se trasladara allí huyendo de Hitler y que llegó

a Berlín con el ejército rojo como integrante del llamado "Grupo Ulbricht" —de incondicionales de Stalin— que conformaría el primer gobierno de la Alemania del Este, y quien a finales del 48 rompiera con la dirigencia para trasladarse a Yugoslavia —que acababa de anunciar su ruptura con la dirigencia de Moscú— proclamando allí en la primavera del año subsiguiente su solidaridad con los comunistas yugoslavos. En un libro publicado por primera vez en 1955 y que desde entonces ha tenido más de veinte ediciones: *Die Revolution entlässt ihre Kinder (La Revolución abandona a sus hijos)*, relata que cuando llegaron con las tropas soviéticas a la capital en ruinas del Reich en la primavera del 45 bajo el mando de Walter Ulbricht, lo primero que ordenó éste fue disolver los grupos de resistencia a la dictadura, de quienes arriesgando sus vidas habían luchado clandestinamente contra Hitler, pues la desconfianza ante todo comportamiento autónomo era lo predominante en su actitud. Después de todo venía de Moscú, en donde la delación, el oportunismo, la desconfianza generalizada era lo característico.

Podríamos recordar también las memorias de Herbert Wehner, publicadas a mediados de los sesenta por el semanario *Der Spiegel*, quien después de la guerra fuera uno de los fundadores del partido socialdemócrata alemán en Hamburgo y se convertiría luego y hasta su muerte, acaecida hace unos diez años, en una de las figuras estelares de la democracia alemana: durante la guerra fue testigo en Moscú, en su calidad de militante comunista —y responsable de las actividades contra la dictadura hitleriana— de la persecución a los comunistas alemanes por parte del régimen stalinista. O el impresionante libro de Margaret Buder-Neumann —*Como prisionera de Stalin y Hitler* (1968)—, que da testimonio sobre los horrores de los campos de concentración de Siberia, en los que estuvo recluida al ser acusada por el hecho de ser su marido un dirigente disidente acusado de "trotskysta" por entonces, y que luego fuera entregada a la Gestapo en la aldea fronteriza con Polonia en donde se realizara el primer acto diplomático de la revolución (Brest Litovsk), luego de que las dos poten-

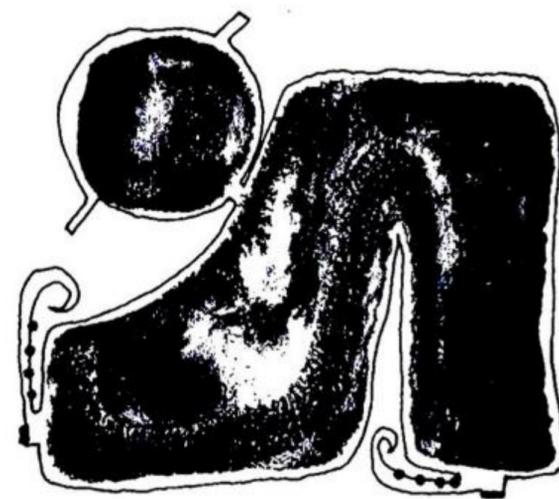
cias celebraron el pacto de no agresión, más conocido por el nombre de los ministros de relaciones que lo suscribieron: Molotov-Ribbentrop, que le permitió a Hitler invadir a Polonia (con lo cual se iniciaría la segunda guerra mundial).

Precisamente en el libro de Leonhardt se recuerda de qué manera, cuando se firmó el pacto en la primavera del 39, cambiaron radicalmente los titulares y el contenido de los periódicos soviéticos para saludar, con impresionante cinismo, el viraje de la diplomacia staliniana. O las memorias de Nadiezsha Mandelstamm, la viuda del gran poeta fallecido, como tantos otros opositores a Stalin, en un campo de concentración. Testimonios de una misma actitud: el absoluto desprecio por el individuo humano, la absoluta falta de consideración por su dignidad como persona. La manipulación implacable de los hombres, reducidos a la condición de cifras, o de "fichas" del aparato totalitario. Como lo ha formulado Theodor Adorno, "individuos que se integran ciegamente en el colectivo se convierten a sí mismos en algo así como materia prima, desaparecen como seres autónomos. Con lo cual se corresponde la disposición a tratar a los otros como masas amorfas... Primero se asimilan a sí mismos a las cosas y luego, de serles posible, convierten a los demás en cosas".

Las limitaciones de espacio de esta reseña no nos permiten reconstruir minuciosamente el proceso que se desencadenó desde los comienzos del 89 en el territorio de la hoy desaparecida República Democrática Alemana y que el autor describe pormenorizada e inteligentemente, acompañando la relación de los hechos con ilustrativas anécdotas, conversaciones con desconcertados funcionarios del régimen o antiguos profesores suyos, por ejemplo, o las incidencias de una excursión de caza organizada por el jefe del Estado en homenaje al cuerpo diplomático, la reacción de desconcierto del presidente de la "Cámara del pueblo" al ser interrogado por su homólogo colombiano, que presidía una delegación de nuestro parlamento en visita oficial, en cuanto a los efectos de la política de la "Perestroika" en el país...

Nos encontramos igualmente con un análisis certero sobre la naturaleza del

totalitarismo y la pesada carga que representó desde sus orígenes en el desarrollo y el destino del país la herencia stalinista, ilustrado por medio de recuerdos personales, vivencias, diálogos con revolucionarios sinceros, juristas, intelectuales. De otra parte, por la evocación del autor de su primera experiencia, cuando en los años cincuenta realizara estudios de posgrado en Leipzig y compartiera con su amigo Gabriel García Márquez una temporada allí, así como una visita en 1957 al festival de la juventud de Moscú, durante el período en el que Nikita Krushev, en quien según el autor hay que reconocer al precursor de la Perestroika, iniciaba el proceso de desestalinización, que fue suspendido tras su destitución...



El libro se cierra con un inteligente epílogo en el cual el autor de nuevo plantea la posibilidad —y la esperanza— de que la crisis alemana conduzca a una salida lo más democrática posible: "...que la introducción de la economía de mercado sea atemperada por un criterio humanista o, para decirlo en términos políticos, socialdemócrata", porque "de otra manera se pasaría de la dictadura estalinista a la dictadura de los monopolios". Recuerda de qué modo el presidente de Francia, François Mitterrand, "ha dicho sabiamente que la catástrofe del comunismo en la Europa del Este no entierra la idea humanitaria del socialismo y que los países de esta región del mundo, cuando se fatiguen de la ley de la jungla del mercado, buscarán nuevas salidas en un socialismo liberal y democrático". Las últimas ocho páginas y con el subtítulo *Crónica*

de los principales acontecimientos traen un recuento cronológico de los hechos más destacados, que permite reconstruir el proceso y reconocer su evolución así como, para terminar, plantearse los interrogantes más pertinentes —o urgentes— sobre el futuro. De tantas cosas.

RUBÉN JARAMILLO VÉLEZ

¹ Gunther Grass, *Alemania: una unificación insensata*, Madrid, El País/Aguilar, 1990.

Eva sin evasiones

Hijas, esposas y amantes

Suzy Bermúdez

Bogotá, Ediciones Uniandes, 1992, 186 págs.

El libro de Suzy Bermúdez es una compilación de cuatro ensayos escritos a lo largo de los últimos cinco años. El primero toca algunos de los problemas teóricos que enfrenta la reconstrucción del pasado de las mujeres. Parte de la ausencia de estudios históricos sobre ellas, fruto de la visión de los vencedores (varones adultos, blancos y ricos). Simultáneamente la autora va perfilando las categorías que le serán útiles a lo largo de su investigación. Una de ellas, la de género, abre una nueva perspectiva historiográfica. Ya no se trata de historias construidas sobre la simple diferencia biológica —de sexos—, sino sobre la socio-cultural y simbólica —de género—. De este modo la historia de las mujeres se coloca en el terreno de la relación con los hombres, relación que implica a la vez conflicto y reciprocidad. Además, esta nueva perspectiva abre la puerta para el estudio simultáneo de la familia y de la niñez, temas ligados tradicionalmente al mundo femenino. Al lado de las diferencias de género hay otras, como las sociales o étnicas, que son consideradas también en el texto. Todas esas circunstancias de exclusión hacen que la historia de la mujer haya sido un tema olvidado hasta épocas recientes, salvo en el caso de las heroínas, que por su excepcionalidad confirman la regla.

En el segundo trabajo, expone algunas hipótesis sobre la situación de la mujer en la Conquista y la Colonia. En

un recorrido muy veloz por un período tan amplio, y teniendo en la mente a América Latina, intenta responder a la pregunta de cómo afectaron los procesos de conquista y colonización a las mujeres de los distintos estratos. Aunque la respuesta a la pregunta deja qué desear, la investigadora alcanza a esbozar unas buenas hipótesis que merecen profundización. Habla, por ejemplo, de unos "espacios" abiertos que deja la temprana conquista de América a las mujeres, tales como la posibilidad de casarse libremente. Según la autora, a partir del siglo XVII comienzan a cerrarse esos espacios. A medida que se consolida la sociedad colonial, se afirma el papel de la mujer como sostén de la familia y, en últimas, del orden social. Las únicas opciones que les van quedando son el matrimonio o el convento. Hay, sin embargo, un estado ideal, que no todas las mujeres consiguen: la viudez. Esta les permite manejarse a sí mismas rompiendo la dependencia respecto del varón.

El tercer ensayo versa sobre las mujeres de las ciudades en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Aquí también la autora con una mirada muy veloz y general, busca indagar sobre la repercusión de las reformas radicales de ese período en las mujeres del subcontinente. Señala que, a pesar del espíritu reformista del momento, pocos cambios se dieron en términos del papel social de la mujer. Llama la atención la sugestiva referencia a la implantación de un culto a la virgen María, diferente del colonial. Es lo que se conoce como "marianismo", que busca un control más efectivo de la sexualidad femenina.

El último artículo, basado en fuentes primarias y concretado para el caso neogranadino, profundiza algunas de las hipótesis del capítulo anterior. El período investigado es también mejor delimitado: 1850-1886. La tesis central de que el reformismo liberal poco cambió la situación de la mujer y de la familia es construida más sólidamente. Se muestra, con buen acervo documental, que el ideal femenino siguió siendo prácticamente el mismo de la Colonia a pesar de cambios evidentes en materia educativa, religiosa, de participación política y de uso del tiempo libre. La lucha de los radicales, en consecuencia, se centró más en el ataque al clero que en una transformación de las condiciones de opresión de género, social y étnica.

En su conjunto, *Hijas, esposas y amantes* es un texto que viene a llenar un vacío historiográfico. Jaime Jaramillo Uribe, en el prólogo, señala acertadamente dos razones que explican el silencio historiográfico sobre la mujer, y la tardía aparición de la historia "social". Son razones que explican la tardanza en la construcción de un "objeto" en la reconstrucción histórica, pero no explican, y menos disculpan, el silencio a que fueron condenadas las mujeres —y también los niños, los viejos, los indios, los negros, los pobres y en general todos los excluidos—.

Suzy Bermúdez no se queda en la mera denuncia sobre el olvido de la mujer en la historia y la ausencia de una perspectiva de género en la historiografía. En el libro, como ya hemos reseñado, avanza algunos elementos para entender la condición de la mujer en cuatro siglos de historia. Sensible al problema social, que fue otra causa de

